

**Textos de la Eucaristía del Domingo**

**Primera lectura: Hch 2,14ª.36-41**

Entonces Pedro, en pie con los once, levantó la voz y declaró solemnemente:

-Así pues, que todos los israelitas tengan la certeza de que Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús, a quien vosotros crucificasteis. Estas palabras les llegaron hasta el fondo del corazón, así que preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles:

-¿Qué tenemos que hacer, hermanos?

Pedro les respondió:

-Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para que queden perdonados vuestros pecados. Entonces recibiréis el don del Espíritu Santo. Pues la promesa es para vosotros, para vuestros hijos, e incluso para todos los de lejos a quienes llame el Señor nuestro Dios.

Y con otras muchas palabras los animaba y los exhortaba, diciendo:

-Poneos a salvo de esta generación perversa.

Los que acogieron su palabra se bautizaron, y se les agregaron aquel día unas tres mil personas.

**Salmo responsorial: Sal 22,1-6**

**R.** El Señor es mi pastor, nada me falta.

El Señor es mi pastor, nada me falta.

En prados de hierba fresca me hace reposar,  
me conduce junto a aguas tranquilas, y repone mis fuerzas.  
Me guía por la senda del bien, haciendo honor a su nombre.  
Aunque pase por un valle tenebroso, ningún mal temeré:  
porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me dan seguridad.  
Me preparas un banquete para envidia de mis adversarios,  
perfumas con unguento mi cabeza y mi copa rebosa.  
Tu amor y tu bondad me acompañan todos los días de mi vida;  
y habitaré en la casa del Señor por días sin término.

**R.** El Señor es mi pastor, nada me falta.

**Segunda lectura: 1 Pe 2,20b-25**

Si hubieseis de sufrir castigo por haber faltado, ¿qué mérito tendríais? Pero si hacéis el bien y por ello sufrís pacientemente, eso sí agrada a Dios. Habéis sido llamados a comportaros así, pues también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas.

Él no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca;  
injurado, no devolvía las injurias;  
sufría sin amenazar,  
confiando en Dios, que juzga con justicia.  
Él cargó con nuestros pecados,  
llevándolos en su cuerpo hasta el madero,  
para que, muertos al pecado,  
vivamos por la salvación.  
Habéis sanado a costa de sus heridas, pues erais como ovejas descarriadas,  
pero ahora habéis vuelto al que es vuestro pastor y guardián.

**Evangelio: Jn 10,1-10**

Os aseguro que quien no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino por cualquier otra parte, es ladrón y salteador. El pastor de las ovejas entra



por la puerta. A éste le abre el guarda para que entre, y las ovejas escuchan su voz; él llama a las suyas por su nombre y las saca fuera del redil. Cuando han salido todas las suyas, se pone delante de ellas y las ovejas lo siguen, pues conocen su voz. En cambio, nunca siguen a un extraño, sino que huyen de él, porque su voz les resulta desconocida.

Jesús les puso esta comparación, pero ellos no comprendieron su significado.

Entonces Jesús se lo explicó:  
-Os aseguro que yo soy la puerta por la que deben entrar las ovejas. Todos los que vinieron antes que yo, eran ladrones y salteadores. Por eso, las ovejas no les hicieron caso. Yo soy la puerta. Todo el que entre en el redil por esta puerta, estará a salvo, y sus esfuerzos por buscar el sustento no serán en vano. El ladrón va al rebaño únicamente para robar, matar y

destruir. Yo he venido para dar vida a los hombres y para que la tengan en plenitud.

## Reflexión : Del libro “ Seguir a Jesús en la vida Ordinaria “ de Javier Garrido

### 1. Situación

El tema de la autoridad es delicado a nivel familiar, laboral, civil o eclesial. Porque nuestra cultura democrática se rebela contra la autoridad que se impone y porque la historia nos ha puesto alerta sobre el abuso de poder.

Jesús ha dado por supuesta la necesidad de la autoridad; pero la ha desacralizado radicalmente y la ha puesto siempre al servicio del hombre, no del Sistema.

Por eso nos sentimos tan incómodos cuando miramos a la Iglesia en cuanto institución, pues la autoridad tiene en ella un carácter muy monárquico y clerical.

### 2. Contemplación

A la luz de la Palabra, especialmente del Evangelio, queremos reflexionar sobre la autoridad de Jesús, el Señor resucitado, criterio definitivo de toda autoridad para los cristianos.

Jesús afirma su autoridad, la que ha recibido del Padre. Es la puerta y el pastor. No es ladrón ni mercenario. ¿En qué se le nota? En que ama y sirve desinteresadamente. En que establece una relación interpersonal, puesto que «conoce a sus ovejas y éstas le conocen a El». En que El va por delante, en el doble sentido: de que hace lo que dice a los suyos y de que se compromete enteramente a cumplir la tarea que se le ha encomendado.

Los Hechos nos presentan a Pedro con la autoridad del Evangelio, la autoridad de la Palabra, para ser testigo; elegido para este servicio, el primero y esencial en la Iglesia. Pero su autoridad consiste en afirmar el señorío de Jesús, la Salvación en el nombre de Jesús. Lo cual conlleva bautizar, es decir, celebrar los sacramentos, reunir y presidir la comunidad cristiana, sin duda; pero en función de congregar al Pueblo de Dios, cuya Cabeza es Cristo.

Es esto lo que celebra el salmo 22: la dicha de ser el Pueblo de Dios, de tener a Dios mismo como su Pastor, líder y guía. La autoridad ya no es una amenaza, sino presencia de amor, paz.

### 3. Reflexión

La Eucaristía, en cuanto acto social y religioso del Pueblo de Dios, refleja la realidad ambivalente de la Iglesia respecto a la autoridad y sus funciones. Por un lado, todo se concreta en los varones célibes, los clérigos, con una concepción patriarcal y jerárquica, que no manifiesta precisamente el espíritu de servicio, minoridad y fraternidad que Jesús inculcó a los suyos. Por otra parte, a la luz de la fe y de lo que se dice verbalmente, el centro de la celebración es Jesús, el Señor, única autoridad.

En la Eucaristía se realiza cumplidamente cómo Jesús ejerce su autoridad en la Iglesia: como Buen Pastor que entrega su vida por sus ovejas. No se afirma en poder; se da en alimento y bebida. No se distancia para proteger su autoridad, como hacemos los clérigos (sacralizamos nuestra autoridad reforzando nuestro rol de salvadores y mediadores, disponiendo de poderes espirituales exclusivos, teniendo la última palabra

sobre las conciencias...), sino que nos da su espíritu, estableciendo una relación íntima de amor: «Ya no os llamo siervos, sino amigos» (Jn 15).

La madurez de la fe no está en hacer de la autoridad en la Iglesia algo intocable, justificado por el poder específico que tienen los sacerdotes en la Eucaristía, sino en actualizar, unos y otros, las actitudes de Jesús, «que no se apropió su dignidad divina; por el contrario, se rebajó» (cf. FTp 2).

### 4. Praxis

En este tema, todos tenemos mucho que revisarnos.

Comencemos por el ámbito en que tenemos alguna autoridad sobre los demás (familia o trabajo). Es verdad que no hay que ser ingenuos y pensar que cabe transponer literalmente la humildad de Jesús a los conflictos de autoridad en la sociedad; pero, ¡que fácilmente justificamos nuestra necesidad de poder o nuestros mecanismos de autoafirmación!

Comencemos por posibilitar cauces reales de diálogo que no sean meras tretas de estrategia democrática.

Pasemos a la Iglesia. Los clérigos, que tenemos autoridad explícita en ella, hemos de ser los primeros en revisar no sólo actitudes, sino también medios prácticos que favorezcan progresivamente la participación de los seglares. Nos queda un camino largo, pero urgente. En este punto, la Iglesia resulta un escándalo grave para muchos creyentes y, por descontado, para los no creyentes.

## TEXTO DE FRANCISCO: Carta a los fieles ( CtaF I 9-17 )

<sup>11</sup>¡Oh cuán glorioso, santo y grande es tener un Padre en los cielos! <sup>12</sup>¡Oh cuán santo, consolador, bello y admirable, tener un tal esposo! <sup>13</sup>¡Oh cuán santo y cuán amado, placentero, humilde, pacífico, dulce, amable y sobre todas las cosas deseable, tener un tal hermano y un tal hijo: Nuestro Señor Jesucristo!, quien dio la vida por sus ovejas (cf. Jn 10,15) y oró al Padre diciendo:

<sup>14</sup>Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado en el mundo; tuyos eran y tú me los has dado (Jn 17,11 y 6). <sup>15</sup>Y las palabras que tú me diste, se las he dado a ellos, y ellos las han recibido y han creído de verdad que salí de ti, y han conocido que tú me has enviado (Jn 17,8). <sup>16</sup>Ruego por ellos y no por el mundo (cf. Jn 17,9). <sup>17</sup>Bendícelos y santifícalos, y por ellos me santificó a mí mismo (Jn 17,17.19). <sup>18</sup>No ruego sólo por ellos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, han de creer en mí (Jn 17,20), para que sean santificados en la unidad (cf. Jn 17,23), como nosotros (Jn 17,11). <sup>19</sup>Y quiero, Padre, que, donde yo esté, estén también ellos conmigo, para que vean mi gloria (Jn 17,24) en tu reino (Mt 20,21). Amén.